

con él todos los que, apoyándose en los descubrimientos de las ciencias experimentales y de observación, han perdido la fe de las creencias católicas.

Nosotros, sostenidos también en estudios experimentales sobre las diferentes fases que presenta la observación empírica de la Naturaleza, ayudados de la razón y protegidos por la filosofía y la historia, nos proponemos demostrar en este libro, que: *entre la Religión católica y la ciencia no pueden existir conflictos*, ó bien, queremos presentar con todo su verdadero valor, *la historia de los conflictos de Draper, y el materialismo y positivismo modernos, depurados por el crisol de la ciencia que tanto invocan.*

Este TEMA, que entraña todos los problemas palpitantes de la ciencia experimental en sus distintas manifestaciones, trae en desasosiego á los sabios, á los estadistas, á los hombres de negocios y hasta á aquellos que están consagrados al trabajo cotidiano; porque presienten grandes y trascendentales trastornos en la marcha progresiva de la sociedad.

Con efecto, todas las civilizaciones han pretendido explicar el origen del planeta llamado Tierra, su desenvolvimiento gradual, el desarrollo de la vida y de la organización, las diferentes evoluciones que ha podido experimentar de un modo brusco ó por el trascurso del tiempo, y la presencia en su superficie de los vegetales y animales hasta alcanzar al *hombre*. En todas las edades y en todas las épocas se han buscado soluciones más ó menos plausibles que ingeniosas para conocer las leyes de la materia y de la fuerza, su primer origen y las transformaciones sucesivas por las cuales han pasado los elementos inorgánicos para constituir la trama de los órganos de los seres dotados de vida; porque en estos problemas van envueltas las principales creencias que el linaje humano tiene aceptadas y siente en el fondo de su conciencia. En todos los tiempos el hombre ha procurado conocer á su manera los fenómenos celestes, las revoluciones de los planetas, el misterioso curso de los cometas, las leyes á que obedecen y las continuas y periódicas apariciones de tantos mundos y tantos soles como tachonan los espacios que llaman inconmensurables, explicándolo del mejor modo posible según el estado de civilización de cada momento histórico. Muchas escuelas filosóficas se han afanado y se afanan en vano para buscar una explicación racional y satisfactoria que dé á

conocer el origen de la Revelación mosaica, mirando con punible desdén las verdades que encierra. Estos utopistas consideran haberlas encontrado en los libros místicos ó poéticos de la India y en sus oscuras tradiciones. Apariencias vaporosas de los librepensadores, que se agitan una vez más para dar á conocer otros soñados conflictos y recibir otros nuevos desengaños. Los pueblos de todos los tiempos y de todas las regiones que viven sobre la superficie de la tierra, reconocen al Sér Creador, eterno é infinito, aun cuando tenga nombres diferentes. Todos los sabios han visto con asombro esa inmensa cantidad de energía potencial representada en todo el mundo, que se ofrece bajo la forma de calor y luz emanados del sol, de movimiento constante y regular del astro central y de los planetas en derredor de sus ejes y de sus órbitas respectivas, buscando inútilmente una hipótesis plausible en el terreno de la ciencia, que pudiera satisfacer las exigencias de escuelas, tan apasionadas como extravagantes...

Y como el fundamento de la Religión cristiana se halla en la Revelación hecha por Dios al Legislador hebreo, de aquí que los ataques más furibundos se han dirigido á desvirtuar y combatir la relación genesiaca, para deducir como consecuencia legítima, que si los dogmas esenciales de nuestra Religión, esto es, que si la Divina Revelación era falsa, falsos debían ser también los preceptos dados por Jesucristo y cuanto de ellos emana. El Cristianismo, según estos pensadores, es una religión caduca, llena de mistificaciones, plagada de maravillas que están fuera del orden natural, é inventada por la malicia y suspicacia de una secta para explotar á sus adeptos. La revolución religiosa, dicen, es inevitable, porque los progresos de las ciencias y los descubrimientos de todos los días son incompatibles con los dogmas que sirven de norma á una gran parte de la humanidad, tan fácil de impresionarse por todo aquello que no alcanza á comprender.

El materialismo levanta otra vez su orgullosa frente para trastornar el orden social, aboliendo las creencias de toda religión positiva y despreciando la tradición y el sentimiento moral. ¡Desgraciados de los ateos y materialistas, ha dicho uno de nuestros publicistas de la escuela liberal (Corradi, D. Fernando), ellos están condenados á sufrir un suplicio continuado sin esperanza de consuelo!

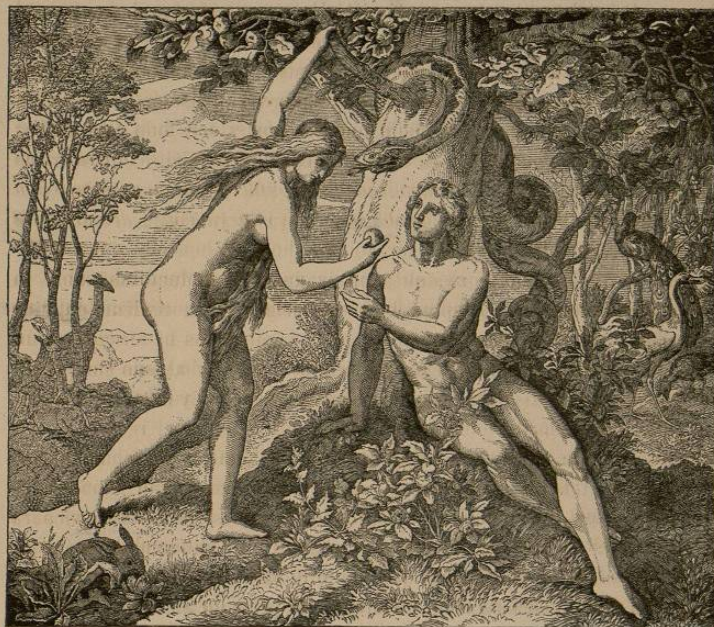


Nosotros, sin pretensiones de ninguna especie, inspirados solamente por un sentimiento de verdadera fe cristiana, y apoyados en cuantos preceptos admite y enseña la Iglesia católica, daremos á conocer nuestras opiniones en el campo de la historia, de la filosofía y de la ciencia empírica, sin zaherir ni lastimar á ninguna personalidad, que para nosotros son todas muy dignas y respetables. Nos proponemos recorrer ligeramente la historia de la humanidad, examinar el desarrollo progresivo de la ciencia en sus diferentes evoluciones, poner de relieve los errores más culminantes, dar á conocer los males y trascendentales perjuicios que pueden sobrevenir á nuestra sociedad con esta propaganda materialista y positivista, y con todo ello probar con la mayor evidencia, que, *entre la Religión católica y la ciencia no pueden existir conflictos*, ó bien, *que los conflictos de Draper son una quimera, y los teoremas y problemas del materialismo, desvaríos de imaginaciones sobreexcitadas.*

Las hipótesis más ó menos aventuradas que seductoras sobre la existencia de los primitivos pueblos y el origen de la civilización y su desarrollo progresivo, se han presentado á intervalos históricos, según que la Divina Omnipotencia ha permitido descender alguno de los repliegues misteriosos del velo que oculta las verdades y leyes inmutables de la Creación.

Los sistemas teogónicos y filosóficos de la India, la China, la Caldea, la Persia ó el Egipto, las escuelas de Grecia y Roma, que tanto influyeron en los destinos de la humanidad, las especulaciones para averiguar el origen y antigüedad del mundo que habitamos, los estudios y descubrimientos con que se pretende envejecer al hombre millares de millones de años, la organización artificial, la vida espontánea, la fuerza y la materia, la escala gradual de los seres, la evolución y el trasformismo... de donde deducen el origen simio del reino hominal, los exagerados descubrimientos y hallazgos de la arqueología prehistórica, muchas veces opuestos y contradictorios en sus tendencias y aspiraciones y los adelantos y especulaciones de la biología y antropología interpretados con violencia, sin otro objeto que combatir la tradición cristiana; han grabado á pesar de todo, en el hombre reflexivo, un sello especial arraigado en su conciencia, que en vano ha pretendido borrar el audaz sofisma y el espíritu avasallador

de los partidos. Ni la impresión pasajera de estupendos descubrimientos en la corteza accesible del planeta que conocemos, ni el trascurso de los siglos, ni mucho menos las evoluciones de la sociedad, podrán jamás aminorar, ya que destruir no es posible, la fe y la ciencia divina que se hallan esencialmente encarnadas en el linaje humano por virtud



Caída del hombre.

de una intuición propia y especial de su sér orgánico. La experiencia y el conocimiento práctico bien dirigidos, nos enseñan la realidad de un mundo físico y moral y de una Providencia Suprema y bienhechora. El positivismo científico y pagano, perderá, á no dudarlo, la influencia que ha ejercido sobre ciertos espíritus turbulentos, que confunden lo que pertenece al hombre con lo que corresponde al Sér Supremo. El Sr. Dr. López Mateos en su importante obra de la *Filosofía de la legis-*



lación, dijo: «que no era incompatible conservar á Dios sus respetos, y deshacer las cavilaciones absurdas de los hombres que profanan nuestra creencia...»

Las diferentes hipótesis, las distintas teorías para dar á conocer el sistema solar, siempre en desacuerdo según las épocas y los tiempos, han servido muchas veces de pretexto para ridiculizar en nuestros días la santidad del Catolicismo, confundiendo la tradición revelada, que no ha variado ni variará en el tiempo, conservando siempre su primitiva forma, con las manifestaciones científicas y filológicas, más ó menos erróneas, aun cuando se admitieran como verídicas en la época en que se hicieron; pero que descubrimientos posteriores han demostrado su falsedad. Se han puesto nuevamente en tela de juicio controversias debatidas hasta la saciedad y desechadas por pasadas generaciones como nocivas y altamente perjudiciales para la juventud, sembrando la duda, y emponzoñando el corazón del hombre honrado, haciéndole perder la fe y la esperanza, que son la guía del entendimiento y la brújula del alma, para despojarle de este modo del sentimiento católico que es el iris de caridad.

Y, á medida que la ciencia empírica ha progresado y sus conquistas han penetrado más y más en los arcanos de la naturaleza, se ha pretendido haber encontrado el fantasma indescriptible, el resorte misterioso con que se ponen en movimiento y entran en combate los ignorantes y los infortunados, el *quid pro quo* que llaman *felicidad del linaje humano*, predicando errores funestos y sistemas absurdos; y triste y desconsolador es decirlo, el hombre ha descendido, casi sin apercibirse, del elevado pedestal donde lo levantó la Cristiandad, para entregarse á un escepticismo aterrador, tal vez á un ateísmo disolvente, á un paganismo delirante, haciéndose de día en día más exigente y más desgraciado.

Creéis que el reinado de la nueva filosofía ejerce hoy su poderosa influencia é impera sobre las clases ilustradas é ignorantes de Europa y América, como en otros tiempos dominó el mundo pagano; os hacéis la ilusión que se acerca una crisis terrible, que la actual sociedad está próxima á un cataclismo, el cual ha de abrir una nueva senda para ella más risueña y expedita (Draper); aun pensáis que la humanidad guiada por la pálida luz del materialismo, y del racionalis-

mo, ha de terminar su azarosa carrera creándose un porvenir glorioso, en el que una *libertad* licenciosa en todas sus distintas fases será el áncora salvadora de las generaciones futuras. ¡Ah! la triste experiencia de otras edades y de no lejanos tiempos, responden á todos vuestros delirios, á todas vuestras soñadas utopías. ¡Desgraciados!... Sí; con efecto, *la naturaleza es el reino de la libertad*, pero no de la licencia; ha dicho una eminencia científica contemporánea (A. de Humboldt).

Empero, esta aura vivificadora del linaje humano, este espíritu impulsivo de las sociedades modernas, este potente resorte que Dios encarnó en el hombre, que da al pensamiento noble y elevada expansión, que le pone en perfecto acuerdo y exacta armonía con el progreso y la majestad omnipotente de la creación, que le hace conocer cuan extenso es su poderío y cuan sublimes sus facultades intelectuales y perceptivas; le enseña también los errores groseros y trascendentales en que cae precipitado, cuando sólo busca el placer sensual, el goce de los sentidos y el endiosamiento de la materia. Parangona y aquilata asimismo la historia de la ciencia, para explicar con nobleza de miras y humanitarias aspiraciones los conflictos que en diferentes épocas de su desarrollo han podido presentarse entre las distintas creencias de los pueblos y sus tradiciones; le hace conocer el refinado egoísmo de unos, la supina ignorancia de otros, los extravíos de todos y la mala interpretación de muchos varones doctos, en verdad, que militaron en escuelas opuestas y antagonistas. La *libertad* nos revela, en fin, que no siempre las conquistas de la civilización y del genio han servido para mejorar las condiciones del hombre, que vió disipar el reinado de la antigua filosofía sin provecho alguno, como, á no dudarlo, se desvanecerán también en los modernos tiempos las opuestas tendencias que se han inoculado entre la Religión católica y la ciencia experimental, pretendiendo que la primera sea antitética de la segunda, y ésta irreconciliable enemiga de aquélla. Los principios en que está basada la Iglesia de Jesucristo, no pueden ser más humanitarios ni más *liberales*. La palabra de Dios tal cual se encuentra escrita en la Revelación, no puede estar en lucha con la palabra de Dios esculpida en el gran libro de la naturaleza.

Los hombres jamás se detienen en el justo límite de la libertad individual y política. Recorred la historia de todos los tiempos y de



todos los pueblos y veréis en el sér humano aquel lobo furioso que, con exageración, nos recuerda Hobbes. En nuestros días y en países excesivamente libres como la Unión Americana, hemos visto que la libertad ha sido el pretexto para los trastornos, las huelgas y toda suerte de excesos y calamidades. ¿Qué no sufrió la Italia, la Francia y



Adam y Eva arrojados del Paraíso.

nuestra misma España, cuando la libertad se convirtió en licencia y despotismo? Por esto los progresos de la libertad en los países regidos por constituciones democráticas, están reglamentados para evitar en lo posible las tiranías de la ignorancia, que por desgracia, está encarnada en las masas inconscientes. Grande, majestuosa, sublime, noble, humanitaria sería la *libertad*, si todos los hombres se hiciesen dignos de ella.

Y ¿qué pretenden el materialismo y el racionalismo con sus lubricaciones en contraposición de la general conciencia del linaje



La familia de Caín.

humano? ¿Qué se proponen con su indiferentismo acerca los relatos de los libros del Legislador hebreo, que consideran como apócrifos ó



contrarios á la ciencia, ó como inspirados en la India? ¿Por qué hemos de lanzar nuestro anatema sobre aquello que la razón no alcanza, ni la naturaleza demuestra á pesar de su elocuente lenguaje? ¿Por qué hemos de permitir que se ultraje la Religión de nuestros padres, tan pura en su esencia como humanitaria en sus aplicaciones? ¿Será posible apagar en el corazón del hombre el sentimiento religioso?... Creemos que nó; porque el hombre á su racionalidad reúne sentimientos religiosos y morales. Es una cualidad característica del reino hominal.

La lucha emprendida nuevamente bajo la luminosa antorcha de la ciencia experimental, es en nuestros días una lucha de otra naturaleza y con distintas tendencias que las manifestadas en épocas lejanas con los nombres de escuela dórica y jónica. Esparta y Atenas fueron siempre rivales y enemigas; el idealismo matemático y el naturalismo dinámico jamás hallaron medios para reconciliarse; la civilización al pasar de la India á la Persia había roto con la unidad de Dios, y entonces nacieron estos dos principios antagónicos, que tuvieron su cuna en el Oriente, pero que vinieron después á conmover la ciencia de los griegos. Roma experimentó también sus funestos efectos, y más tarde, andando los tiempos, han trastornado la ilustrada Europa y la joven América con la apoteosis de la materia.

Hoy ha venido otra vez á alterar la marcha tranquila y progresiva de la atenta observación empírica, el origen de las especies vegetal y animal: «Si nos fuera dable resolver este problema, hacía notar Isidoro Geoffroy-Saint-Hilaire, habríamos penetrado en la historia de la creación, y conoceríamos la presencia de la vida en la superficie de nuestro planeta. Misteriosa y divina historia, exclamó el abate Moigno, cuya primera página jamás será leída por humanos ojos; es que el Soberano Autor de todas las cosas se ha reservado eternamente el secreto...»

¿Será, acaso, que el materialismo y el positivismo se presentan ahora á la lucha más resueltos y atrevidos que antes, atacando la conciencia religiosa de las naciones modernas, y buscando en la ciencia empírica los materiales necesarios para derribar las creencias concretas que forman los artículos de fe de la Comunión católica, siempre con el frívolo y ridículo pretexto de destruir y aniquilar el fanatismo

de los pueblos?... No hay que hacerse ilusiones; la solución del problema social está dentro de los preceptos del Catolicismo.

Basta ya de declamaciones insensatas, de predicaciones descabelladas y de suposiciones gratuitas ó aventuradas. Inútil será repetir lo que tantas veces se ha dicho en diferentes tonos y de distintas maneras. Todos sabemos los abusos y las perniciosas influencias de los magnates como poder político, y los beneficios que debió reportar la humanidad en determinadas épocas de la historia. Todos conocemos las demasías de estas poderosas influencias, que en todos tiempos representaron el despotismo intransigente de unos pocos, y la debilidad de los príncipes, que con estoica impavidez contemplaban la decadencia de sus pueblos y la pobreza que los consumía en la más espantosa abyección y estupidez. Muchos, en fin, han pretendido y pretenden aún, que nuestro respetable clero no está al corriente de las nuevas evoluciones de las ciencias modernas, y que su competencia se ve circunscrita á los estudios teológicos. Error lamentable que desmiente la historia. ¿Quién con más provecho y utilidad ha cultivado el fecundo campo de las ciencias exactas, físicas y naturales, que los privilegiados talentos consagrados al sacerdocio católico? ¿No nos enseña la historia, desde el comienzo de la Era cristiana, que entre los varones ilustres sobresalen los sacerdotes? ¿Pues qué, acaso, hoy mismo, no hay un número considerable de clérigos que marchan á la cabeza del progreso intelectual, siendo á la par que profundos pensadores y distinguidos teólogos, eminentes naturalistas y sobresalientes astrónomos? ¿Por qué oscurecer las glorias de una clase digna y respetable que en los modernos tiempos puede también titularse Mentor concienzudo y científico de la humanidad?

Y, si la historia del prolongado período de la Edad media, y aún de una buena parte de la moderna, nos ha pintado con brillantes colores los excesos y demasías de un celo inusitado, hijo de las corrientes filosóficas y hasta políticas, que reinaban en aquella sociedad apreciada de tan distinto modo; en cambio la historia contemporánea nos presenta con matices no menos vivos, los horrorosos trastornos de un materialismo furibundo y de un racionalismo intransigente, que nos recuerda el paganismo sin freno señalado por los sangrientos episodios de la revolución francesa; nos trae á la memoria aquellas espantosas hecatombes y las destructoras jornadas donde millares de víctimas fueron sacrifica-



das á la saña revolucionaria. Las predicaciones inoportunas é insensatas conducen siempre á los ignorantes y desheredados á los límites extremos, y el desbordamiento social es entonces inevitable. Los abusos de los gobiernos, la inmoralidad administrativa, una educación viciosa, el egoísmo de la clase acomodada, las injusticias, el desenfreno de los poderosos, y el olvido de la fe católica, son los grandes elementos para fomentar las revoluciones, que con frecuencia cambian la faz de los Estados políticos. Y cuando se pierde la fe religiosa y se olvidan las creencias, cuando el corazón no siente y el cerebro se excita y la razón se perturba, se rompen los diques sociales, y las masas inconscientes, terribles por sus instintos y fanatizadas por los más audaces predicadores, se desbordan aterradoras, como furioso torrente después de prolongada tormenta. La historia de nuestros días nos ofrece, desgraciadamente, repetidos ejemplos, en los pueblos más civilizados de la vetusta Europa y de la joven América, de un salvajismo aterrador y disolvente, que en vano se pretendería buscar en las hordas antropófagas de África, de América ó de la Australia. Los sangrientos episodios de la *Commune* en Francia, los incendios y asesinatos de los *cantonaes* en España, las monstruosas y mortíferas *huelgas* de la república *modelo* de los Estados-Unidos, y los horrorosos pugilatos, incendios, devastaciones, y trágicos crímenes de los nihilistas en Rusia, diluvios todos de sangre y fuego que amenazan tragarse la sociedad, pruebas tangibles son de estas verdades desconsoladoras, que han conmovido el orden político y pretenden concluir con la fe religiosa encarnada en la conciencia de todos los católicos. ¡Ah! casi nos atrevemos á decir, que tantos males como aquejan á los pueblos americanos y á los europeos, provienen de la falta de creencia en unos y de la perversión de la fe católica en otros.

El Renacimiento venía á mejorar la postración é indiferencia que se había apoderado de los filósofos durante el siglo XV. Cansados del escolasticismo y de la dialéctica, creyeron los nuevos pensadores que alcanzarían sus levantadas aspiraciones, depurando en el crisol de la crítica severa y razonada las escuelas clásicas de Grecia y Roma, y se desbordaron por la pendiente del abismo impulsados por los librepensadores, entre los cuales figuraban los letrados y humanistas.

Allí se proclamaron con el mayor descaro los errores, las injurias

y los desmanes anticatólicos; allí tomó nueva vida el paganismo embozado. La tradición mosaica preocupó los ánimos de aquellos sabios, y



El diluvio universal.

la confusión y la anarquía intelectual vinieron á dominar la razón, para entregarse con loco frenesí á la astrología y á la cábala. Aquellas de-



sastrosas contiendas iluminadas por el saliente sol de Guttemberg y Schœffer, donde brillaban los ingenios de Philelpho, Erasmo y Valla; de Gemisthius, Gaza y Juan Pic de la Mirandola; de Reuchlín, Raymundo Llull (Lulio) y Aquilino; de Cardán, Cesalpino y Laramée (Ramus); difundieron doctrinas perniciosas y contrarias al Catolicismo. Los trabajos del cardenal Belarmino fueron vanos; los escritos de Alfonso Tostado, Scaliger y Balbo inútiles; las profundas y eruditas obras del Doctor exímio el P. Francisco Suárez y otros sabios teólogos, aunque tarde, sin resultado alguno. Era ya imposible, apesar de tantos esfuerzos siempre laudables, evitar que la Reforma religiosa estallara y siguiera su satánica y sangrienta ruta. El atrevido fraile agustino, Lutero, no fué más que el miserable botafuego que inflamó la mina abierta y cargada con los trabajos tenebrosos de los librepensadores.

La unidad Católica quedó quebrantada, y el error continuó con más tesón y audacia, y continua aún después de tanto tiempo trascurrido, por la influencia de las doctrinas de Jansenio, de Voltaire y de Rousseau.

El giro que ha tomado la política Europea y el curso de los acontecimientos en nuestros días, induce á sospechar, que se quiere separar la Iglesia del Estado, aceptando el libre ejercicio de toda creencia religiosa. ¡Ay de la sociedad si llega el momento fatal en que el Estado abandone la Iglesia! ¡Ay de la sociedad si el dogma cristiano no sirve de guía á la moral, y las sectas imperan sin freno alguno! ¡Desgraciada de la sociedad, repetimos, si la intransigencia y la intemperancia también se empeñan en sujetar el progreso lento y sosegado de la libertad humana!!!

El Catolicismo saldrá, á no dudarlo, victorioso é ileso en esta terrible contienda, y el error y el sofisma de las escuelas materialista y positivista, juntas con los librepensadores, serán combatidos y anodados por la luz de la verdad, que difunde la Iglesia de Jesucristo.

Luz de verdad que ha visto pasar las generaciones, hundirse los imperios, desaparecer los reinos, cambiar las constituciones y las formas de gobierno, inundar el mundo con lagos de sangre humana; pero que en medio de tantos desastres y calamidades ha subsistido una *Cruz*, que victoriosa y resplandeciente ha amparado la sociedad para que emprendiera de nuevo el camino de la civilización. Cruz divina, emblema del Cristianismo, que nunca perecerá y que viene flotando sobre las escuelas irreligiosas de todos los tiempos.

Los problemas capitales que entrañan todas las escuelas filosóficas ateas, están en estos momentos tan velados y se presentan tan oscuros, apesar de los progresos científicos del siglo XIX, como pudieron estarlo en los tiempos de Platón y Aristóteles, de Boecio, Casiodoro y Erígenes, de G. de Champeaux, Gelberto (Silvestre II) y San Anselmo, de San Bernardo, Juan Roselino, Pedro Abelardo, de Averroes, Avicena y Maimónides, de Alberto el Magno, Santo Tomás de Aquino, Duns Escoto y Guillermo de Ockam y de tantos y tantos sabios como en aquellos siglos pretendieron resolverlos. Los problemas materialistas, decimos, siguen tan ignorados é irresolubles como estaban bajo el imperio de las escuelas de Bacón, Hobbes y Locke; de Condillac, Berkeley y Hume; de Descartes, Malebranche, Redi y Espinoza; de Kant, Hegel, Coussín, Krause, A. Comte ó Spencer.

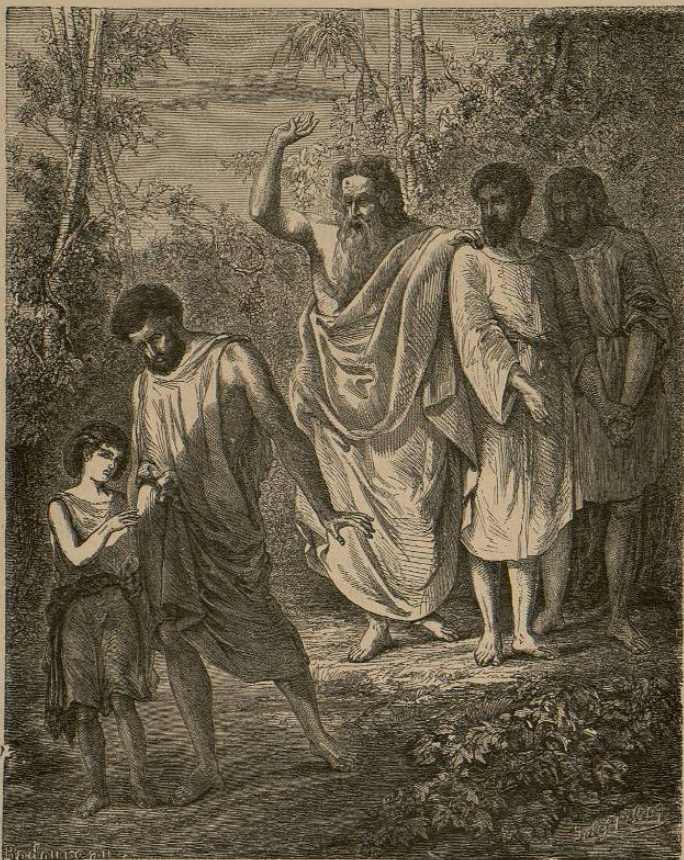
La ciencia empírica continua con perseverante afán en la investigación experimental hasta alcanzar tan suspirado momento, sin que la libertad humana encuentre obstáculo alguno en su brillante carrera. ¡Ojalá alcance pronto la solución satisfactoria de estos oscuros problemas!

Preciso será prestar nuestra conformidad y doblar hoy por hoy la cerviz á algo que escapa de los sentidos; preciso será confesar nuestra impotencia y repetir con el gran Linneo: «*Dios sólo lo sabe todo... He leído algunos de estos vestigios al través de las cosas creadas...*» El velo del misterio continua impenetrable, cubriendo los grandes secretos que Dios en sus inexcruables designios, tiene recónditos en el seno de su incomprendible inmensidad.

Conocer las primeras evoluciones de los pueblos, buscar las perfectas analogías entre los libros del Historiador sagrado y los descubrimientos científicos, estudiar concienzudamente bajo sus múltiples fases los progresos de la humanidad después del Cristianismo, presentar un cuadro fiel de los problemas científicos en el estado de nuestra actual civilización para demostrar, que entre la Religión católica y la ciencia experimental no ha existido ni pueden existir conflictos; dar á conocer por medio de la historia, de la filosofía idealista y empírica, de la crítica y de la sana observación, las luchas y controversias sostenidas



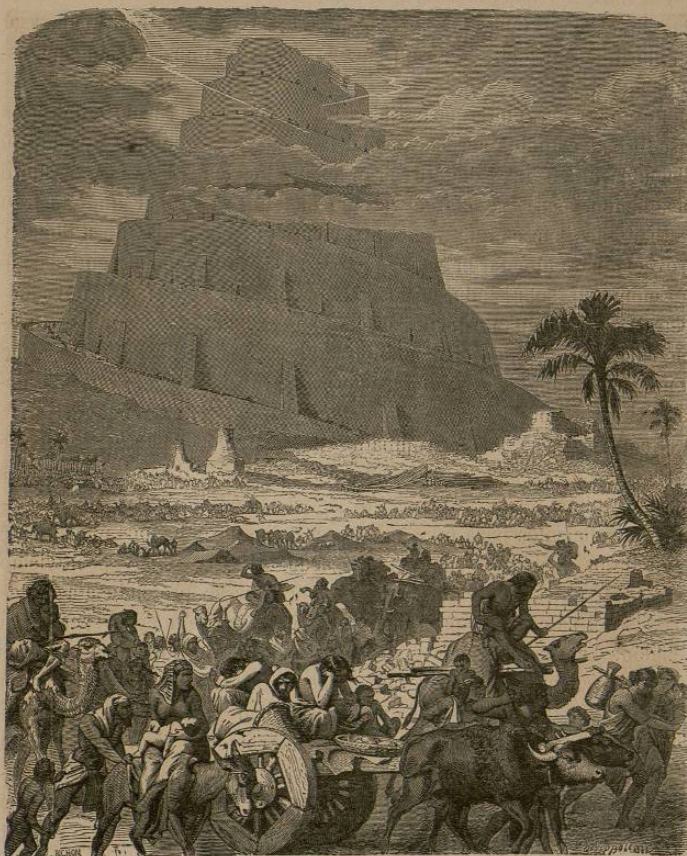
durante estas diferentes evoluciones de la humana inteligencia, descubrir el velo con que se cubren en nuestros días todas las sectas para



Noé maldice á su hijo.

desprestigiar al Catolicismo, sacando de la tumba ideas erróneas y sofismas tantas veces combatidos victoriosamente en anteriores tiempos, haciendo que la ciencia experimental sirva de escudo á su refinada

malicia, para explotar á los crédulos bajo la expectativa de un positivismo repugnante; apreciar con exactitud los ardides de unos, las su-



Dispersión de los pueblos.

tilezas de otros y los engaños y supercherías de muchos, estableciendo hipótesis, presentando teorías más ó menos ingeniosas sobre el origen de la Tierra, su antigüedad respectiva, la autoridad de los libros del



Historiador sagrado, acerca la vida y la organización, la evolución y el transformismo hasta alcanzar al hombre; sobre las leyes que gobiernan al Universo y las fuerzas que rigen á la materia, las que son propias del espíritu y las que corresponden á la riqueza, al trabajo y al equilibrio social, etc., etc., son las cuestiones que nos proponemos estudiar en este libro.

Hoy por hoy, que la generalidad busca con afán la lectura de libros basados en estudios serios y concienzudos; hoy que han perdido el aliciente que en otros días tuvieron las producciones ligeras y de mero pasatiempo, para engolfarse en aquellas que á la par que ilustran recrean, nos parece que nuestro trabajo será, sin duda, de utilidad y provecho para atenuar el efecto que haya podido producir el entusiasmo del momento, sobre todo, en los jóvenes que, atraídos por la novedad, leen con avidez cuanto tiene relación con el dogma católico, y con frecuencia se ven atraídos por los libros que con marcada intención ó con el mayor desenfado, combaten las verdades reveladas en la relación mosaica, la tradición histórica y los fundamentos de la Religión de Cristo.

No es nuestro ánimo combatir con detención las doctrinas que ostentan estas escuelas ateas; tampoco venimos á defender especiales hipótesis ni marcadas teorías. No nos consideramos con los conocimientos suficientes para tamaña empresa. Nos proponemos únicamente estudiar los problemas fundamentales del materialismo y positivismo científicos, antes planteados, porque con ellos se pretende atacar los dogmas del Catolicismo para acabar de una vez con nuestra sacrosanta Religión. La maledicencia y el espíritu de secta no titubean en los medios por injustos y exagerados que sean, si con ellos consiguen alguno de los diabólicos fines que se proponen en su extraviada fantasía. No comprendemos el exclusivismo, la vanidad, el orgullo y hasta la terquedad de muchos sabios consagrados á las ciencias físico-naturales sosteniendo una cruzada inconveniente y funesta contra la Revelación Divina y la Fe católica.

La defensa del Catolicismo, si es que su pura y sagrada doctrina tiene necesidad de ser defendida, no está hoy día exclusivamente en la esfera de las ciencias metafísicas y teológicas. Se halla más principalmente en el dominio de las ciencias exactas físicas y naturales. Bien lo comprendió el ilustrado presbítero Sr. D. Miguel Sánchez en su obra

intitulada *Cursus Theologiae dogmaticae*, publicada en Madrid en 1874, cuando se ocupa, si bien de un modo superficial, del darwinismo y de otras importantes y graves cuestiones científicas que, al parecer, son extrañas de los estudios abstractos y en particular de los teológicos. En esta clase de conocimientos empíricos será donde nosotros amplíemos nuestros conceptos, para dilucidar las cuestiones palpitantes de la presente época.

No tenemos la dicha de ser teólogos; hemos consagrado nuestra vida á las ciencias exactas, físicas y naturales, y en este terreno trataremos esta cuestión grave y trascendental, auxiliados de la historia y del criterio filosófico. Sabios y eruditos católicos se han ocupado con gran éxito en dar á conocer la armonía y perfecto acuerdo entre la Fe ortodoxa y la razón.

Al desarrollar tan complicado plan, tal cual lo tenemos concebido y estudiado, lo haremos con la imparcialidad propia de nuestro carácter, procurando evitar aquellos escollos y bajíos donde se han estrellado muchos hombres eminentes, que bajo opuestas banderas, militaron en los estudios de la Religión, de la moral, de la filosofía, del derecho y de los fenómenos de la naturaleza.

Y si bien es cierto, que nuestra manera de desenvolver el tema propuesto, abraza una extensión de los humanos conocimientos quizá más lato de lo que al parecer pudiera exigirse y se crean suficientes, buscaremos en reconocidas autoridades las opiniones aceptadas por la Iglesia católica; por que consideramos como un deber de conciencia estudiar la cuestión bajo todas las fases científicas y contestar á los enemigos del Catolicismo con los mismos datos sacados de la historia, de la filosofía y de las ciencias experimentales y de observación. Generalmente se dice, que los estudios prácticos de las ciencias físico-naturales llevan en sí un carácter esencialmente materialista. Error funesto que trae en pos de sí sistemas absurdos, que degradan al hombre y amenguan su dignidad.

Lejos de nosotros ese sistema declamatorio que usan ciertos autores, que suelen confundir la cátedra con el libro, ó el púlpito con la conferencia, apostrofando á sus contrarios y lanzando sobre ellos toda clase de dicterios y palabras inconvenientes ó mal sonantes. Para patentizar y combatir el error, para dar á conocer los progresos y adelantos de que



la humanidad es deudora al Catolicismo, no es necesario perder el aplomo ni olvidar la propia dignidad. Para nuestros juicios y apreciaciones interrogaremos á la conciencia de los pueblos, á sus teogonías y á sus sistemas filosóficos; buscaremos en la historia las pruebas claras y evidentes de las opiniones que sustentamos; pediremos registrar sus archivos y hasta sus leyendas y tradiciones, y entrando con temor y siempre con respeto en el templo de las ciencias exactas, físicas y naturales y en el de la biología y antropología, procuraremos desvanecer los problemas y teoremas que son el fundamento de las escuelas materialista y positivista, donde encuentran sus adeptos las bases sobre que estriban los *conflictos* que ven entre la *Religión católica y la ciencia*. Todo con la mesura y dignidad propia de aquel que ha consagrado casi toda su vida al estudio, y los mejores y continuados años de su existencia, al Profesorado oficial. El lector no extrañará que, bien á pesar nuestro, tengamos alguna vez que aclarar, apoyados en autoridades de la ciencia teológica, algunos teoremas combatidos victoriosamente en otras épocas; pero que en nuestros días han reaparecido con siniestra intención, tal vez, para enaltecer alguna secta con detrimento del Catolicismo.

Y al resolver con la ciencia experimental por guía los teoremas y problemas de la *misma ciencia experimental*, en nuestro concepto equivocados ó exagerados, contrarios á los dogmas católicos, procuraremos ponerlos al abrigo de toda objeción y de la crítica apasionada. Desvanecidos aquellos errores y resueltos los problemas y teoremas en diferente sentido, quedan sin valor alguno las consecuencias que de ellos se han deducido, y demostrado á la vez, que los pretendidos *conflictos* entre la Religión católica y la ciencia no han existido, ni existen ahora ni mucho menos existirán en lo sucesivo. La razón y la fe, la ciencia y la revelación tienen un mismo origen; provienen de la Omnipotencia de Dios.

El lector comprenderá, sin esfuerzo alguno, que este libro se ha escrito con íntimo convencimiento, sin presión de nadie, y, *sobre todo*, sin encargo ni comisión especial; y las doctrinas en él vertidas se hallan arraigadas en nuestra alma hace muchos años, como producto de estudios serios y repetidos, así en las ciencias filosóficas como en las experimentales y de observación.

Hemos dividido nuestro trabajo en dos partes: en la primera recorreremos los progresos de la humanidad hasta nuestra época, si bien á grandes rasgos y bajo un punto de vista general; dando á conocer la historia, teogonías y escuelas filosóficas de los pueblos antiguos y los adelantos de las ciencias exactas y naturales en sus diferentes manifestaciones, cuando adquirieron carta de naturaleza. La idea de Dios en la humanidad, el Oriente, la Grecia, las conquistas de Alejandro, su influencia en la civilización oriental, el reinado de los Ptolomeos y su famosa biblioteca, Roma hasta la irrupción de los bárbaros, el Cristianismo y su propagación, los Santos Padres y la escuela Alejandrina, el Catolicismo, Mahoma y sus secuaces, su invasión y permanencia en España hasta la total expulsión por los Reyes que después se llamaron Católicos, la Edad media, la lucha con el Papado, los escolásticos, el Renacimiento, la ciencia moderna y el siglo XIX, constituyen *doce* capítulos con los cuales probamos del modo mas completo y satisfactorio, que *entre la Religión católica y la ciencia no ha habido conflicto alguno*.

La segunda parte consta de *ocho* capítulos, y tienen por objeto rebatir los principales problemas y teoremas científicos de las dos modernas escuelas materialista y positivista. La fuerza vital, la generación espontánea, el alma y el cerebro, la Religión revelada y la ciencia experimental, la geología y la paleontología, la evolución y el transformismo, las exageraciones de la escuela prehistórica, la perfecta identidad entre la revelación y la ciencia, la antigüedad del globo de la Tierra, el hombre... etc., etc., son otras tantas cuestiones que se estudian con imparcialidad y exacto criterio, buscando en los archivos de la historia natural, de la física y de la química, en la geología y en la paleontología, en la antropología, biología y anatomía comparada, y en cuantos conocimientos se dividen hoy los estudios experimentales y de observación, para poder deducir como última consecuencia, que, *entre la Religión católica y la ciencia, no ha habido conflicto alguno que lamentar*, ó bien, *que los conflictos de Draper, y los problemas del materialismo y positivismo modernos, quedan destruidos por las leyes de la ciencia experimental*.

El *Epílogo* resume todos estos capítulos á ideas más concretas; con las cuales se ve, que con efecto han quedado desvanecidos aquellos